

ESTELAS DIADEMADAS: REVISIÓN DE CRITERIOS DE CLASIFICACIÓN¹

Maria Joao Santos

Instituto Arqueológico Alemán/ U. de Zaragoza

Resumen:

Más que la expresión de un nuevo planteamiento socio-cultural, las llamadas estelas diademadas demuestran, ante todo, la dificultad de acercarse a las manifestaciones simbólicas de las comunidades pre y protohistóricas. Lo hace patente no sólo la dificultad de definirles criterios de clasificación y a la vez fijar su denominación, sino también la problemática adjudicación de un cuadro cultural y cronológico a estos monumentos.

Su relación de contemporaneidad con las estelas de guerrero del Bronce Final está hoy comprobada de forma incuestionable y su relación con contextos funerarios es, igualmente, algo que cada vez más, sobresale del panorama arqueológico. Algo que, sin embargo, no compromete la coincidencia de su aparente vinculación a vías de paso natural, y parece más bien reflejar, en este sentido, una cierta continuidad con respecto a los patrones de localización de los monumentos megalíticos.

Se propone, con base en los datos recientemente publicados, poner en evidencia estos aspectos y revisar los habituales criterios de clasificación, con especial énfasis en la presencia/ ausencia de la diadema.

Palabras clave: estela, diadema, vías de paso natural, tipología

Abstract:

More than the expression of a new socio-cultural conception, the so-called “*stellae* with diadems”, show above all, the complexity in approaching the symbolic manifestations of pre and proto historic communities. It is clearly difficult not only to define classification criteria but also to establish the connection of these monuments with a specific cultural and chronological background.

We know now that several of them were contemporary to Final Bronze Age warrior *stellae* and its association with burial contexts is also evident in many cases. Another aspect is related with its spatial distribution, which seems to reflect certain continuity with that of the megalithic monuments, along natural passageways.

It is proposed then, in view of recently published works, to consider both these aspects and to review the used classification criteria, specially focused in the presence or absence of the diadem.

Keywords: *Stellae*, diadem, natural passageways, typology

¹ Artículo recibido el 24-10-2008 y aceptado el 16-12-2008

INTRODUCCIÓN

La búsqueda de sistemas explicativos positivistas de las realidades arqueológicas jamás supera el obstáculo de que se traten, intrínsecamente, de realidades humanas, siempre difíciles de encajar y compartimentar en modelos estructuralistas y eso está claro sobre todo en lo que concierne al mundo simbólico. Un buen ejemplo lo constituyen las estelas decoradas del Bronce Final y sus intentos de clasificación que, después de casi un siglo de investigación y con más de un centenar de monumentos identificados, siguen siendo objeto de debate.

Desde el primer gran estudio publicado en 1966 por Almagro Basch, las estelas fueron consideradas como monumentos funerarios de carácter memorialista, en el contexto del progresivo desarrollo socio-cultural resultante del contacto con el mundo orientalizador, esbozando *grosso modo* la base de las teorías precolonialistas. No obstante, averiguar su funcionalidad y su cronología fue, desde siempre, un problema por la descontextualización sistemática de estos monumentos.

Esta situación ha motivado el que se haya atendido sobretudo a las indicaciones aportadas por los objetos representados y a su estudio tipológico y, consecuentemente, en la general aceptación de una mayor antigüedad de las composiciones más simples, que, a lo largo del tiempo, progresivamente integrarían la figura humana y escenas cada vez más complejas.

A partir de la década de 1990, el numeroso conjunto de estelas identificadas da un nuevo énfasis a esta problemática y suscita redoblado interés, a la vez que su distribución geográfica parece reflejar áreas de concentración bien demarcadas. Esto permite un nuevo rumbo a la investigación y el surgimiento de trabajos como los de Ruiz-Gálvez Priego y Galán Domingo (1991), centrados en la eventual relación de las estelas con vías de paso natural y antiguas rutas de trashumancia, o los de Celestino Pérez que, más tarde, identifica también a varios grupos geográficos, pese a que, en su opinión, tengan características independientes y no exista “ningún hallazgo que se pueda considerar como nexo o jalón entre las diferentes áreas” (2001: 304), lo que, sin embargo, viene a ser refutado por hallazgos recientes, como veremos.

Pero, si sigue todavía el debate en lo que concierne a las estelas de guerrero; la problemática es aún mayor a la hora de considerar las estelas “diademadas” en el ámbito de los monumentos decorados del Bronce Final. Este pequeño trabajo surge precisamente de las dudas que se nos han planteado al acercarnos a este tema desde una perspectiva distinta, más bien general y relacionada con cuestiones de etnogénesis (Santos, 2008: *in prensa*). En aquel momento, hemos constatado no sólo la ausencia de estudios de conjunto recientes sobre este tipo particular de monumentos, sino también su problemática clasificación, como queda claro, desde luego, en la dificultad de consignarles una denominación específica, oscilando los autores entre estelas diademadas, ídolos-estela, estelas-guijarro, estatuas-menhir o estelas antropomorfas.

HACIA LA PROBLEMÁTICA: UNA NECESARIA HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Motivado por el magnífico hallazgo de los siete ejemplares de Hernán Pérez, Almagro Basch (1972) hace un primer intento de relacionarlos con las piezas portuguesas de Crato y Couquinhó y las representaciones de Tabuyo del Monte y Pena Tu (107-108). Es, sin embargo, Almagro-Gorbea quien publica, en 1977, después del hallazgo del magnífico conjunto de Hernán Pérez, Cáceres, el primer ensayo de clasificación tipológica de estos monumentos, que denomina “estelas antropomorfas”, a las cuales volverá más tarde, en 1991 y 1994, en artículos dedicados ya exclusivamente a este tipo de estelas. Surgían también por entonces varios estudios de conjunto sobre la estatuaría pre y protohistórica de regiones extrapeninsulares como el sur de Francia, Bretaña y Cerdeña (Arnal, 1976; D’Anna, 1977; Landau, 1977), que permitían otros planteamientos al aportar nuevos datos.

Pero es, sin duda, a partir la década de 1980, con la mayor apertura de la arqueología española a la investigación internacional, que se asiste a un renovado interés por esta problemática. En el inicio de los años 80, Bueno Ramírez (1981; 1984) elabora un nuevo ensayo tipológico con base en la presencia o ausencia de collares, cinturón y armas, defendiendo que estos monumentos derivarían de las representaciones del ídolo megalítico que progresivamente iría adquiriendo nuevos

atributos y que habría que situar más bien en el Calcolítico, posición que seguiría reiterando en las siguientes publicaciones que dedica al tema hasta 1998.

El descubrimiento de la estela de La Lentejuela, Sevilla (Oliva, 1983), sin embargo, hace patente que este tipo de representaciones integran composiciones que pueden ser muy complejas y que, en la opinión de su descubridor, resulta algo difícil de considerar en un marco cronológico tan temprano como el del Calcolítico. También en este sentido se manifiesta Berrocal Rangel (1987b), señalando que estos monumentos, en su opinión, claramente femeninos y de connotación funeraria, deben considerarse una manifestación propia del mundo atlántico del Bronce Final y como último eslabón de la tradición megalítica.

Por su parte, Barceló (1988; 1991) propone distinguir dos grandes periodos para estos monumentos: una primera etapa situada en el III milenio a.C., cuando surgen los ejemplares clásicos y una segunda etapa, entre finales del II y mediados del I milenio a.C., correspondiente a las estatuas-menhir. Según el autor, no sólo son artificiosas las comparaciones con ejemplares del sur de Francia, del norte de Italia, de Córcega o Cerdeña; sino también carece de fundamento suponer la perduración de las estelas antropomorfas a través las estelas decoradas del suroeste, pues habría que ubicar las estelas diademadas en el Calcolítico mientras que las estatuas-menhir sobrepasarían la Edad del Bronce.

Partiendo de la tipología que antes había propuesto, Almagro-Gorbea (1993; 1994), vuelve al tema y, con base en los nuevos hallazgos entonces producidos, plantea una clasificación todavía más exhaustiva de las estelas antropomorfas, que divide en tres grupos y cuatro subgrupos (1994: 71-72): A. grupo cuya iconografía se relaciona con el arte rupestre esquemático y el mundo dolménico; B. grupo con iconografía identificable con figuras femeninas; C. grupo asociado a estelas masculinas. En el grupo B, distingue, a la vez, valorando la tendencia a un creciente aumento de los detalles, entre estelas-menhir con representaciones idoliformes; estelas-guijarro; estelas femeninas del suroeste y estelas antropomorfas femeninas, señalando, sin embargo, que la mayoría de los grupos están “estrecha y realmente interrelacionados unos con los otros, lo que pone de manifiesto la unidad del

conjunto” (*idem*: 71). Ahora bien, si las estelas-guijarro las define como “la representación de un rostro o figura humana adornado con diadema dispuesta sobre la cabeza y con collares semicirculares que penden sobre el pecho”; en cambio, las estelas femeninas del Suroeste, las considera caracterizadas por la figuración completa del cuerpo, según un esquematismo igual al de las estelas de guerrero, pero sin armas y con especial énfasis en la diadema (*idem*: 76-78). En cuanto a cronología, Almagro Gorbea, hace partir la serie del Calcolítico, con las “estelas-menhir”, culminando en las “estelas femeninas del suroeste” y “estelas antropomorfas femeninas” de la Edad del Bronce.

En parte de acuerdo con Almagro (1994: 86), Bueno Ramírez (1990: 90-95), reitera que las estelas diademadas del suroeste derivan del ídolo dolménico, señalando la existencia de una unión figurativa en conexión con la que se desarrolla en Europa Occidental durante el III milenio. En este sentido, la autora distingue a tres grupos tipológicos: el grupo de elementos rectangulares, asociados o no a armas, localizado en la región cantabra; el grupo de las estatuas-menhir; y el grupo del Suroeste, donde, sobre todo en lo que se refiere a la región de Hurdes-Gata hay evidencia de contactos con el Norte a partir del III milenio, fecha a la que piensa que corresponden los primeros ejemplares de este tipo de representaciones, con origen en las placas alentejanas (*idem*: 98). En trabajos posteriores (Bueno Ramírez & González Cordero, 1995: 96), vuelve a subrayar que “se trata de elementos en relación con la cultura megalítica y, por tanto, con fechas del neolítico final y calcolítico”, aunque admita ya que alcanzan la Edad del Bronce. Por fin, en el artículo que publica con Balbín Behrmann (1998: 45), la autora propone una nueva terminología, distinguiendo simplemente entre estatuas, para las piezas de gran tamaño, y estelas, para los ejemplares de pequeña dimensión. Los autores van incluso más lejos, al incluir en el mismo ámbito de la estatuaria antropomorfa, a los menhires fálicos (Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 1998: 50-51).

Más recientemente, en un verdadero trabajo de envergadura dedicado a las estelas decoradas del Bronce Final, Celestino Pérez (2001) reafirma su connotación predominantemente funeraria y les dedica un exhaustivo catálogo. A las estelas diademadas, no obstante, las considera en un capítulo a parte, como un grupo que sí

coexiste con las estelas de guerrero, pero que tendría otro tipo de significado, “más acorde con la protección del lugar o del espacio donde fue inmortalizado el propio guerrero” (*idem*: 260). Tal vez por ese motivo, el autor no haya incluido a las estelas diademadas en su catálogo, aunque sea el primero en sistematizar de algún modo esta designación. Pero, si por un lado, Celestino Pérez rechaza la posibilidad de que estas estelas estén inspiradas en el *ídolo dolménico*, pues no le “parece lógico creer que tal expresión se mantenga prácticamente inalterable durante dos milenios” (*idem*: 251), por otro lado, termina su capítulo conciliando esa misma hipótesis, señalando que “no es descabellado pensar que los ídolos-guijarro podrían ser una derivación” de los ídolos-placa del Calcolítico y que “posteriormente la representación de la mujer en las estelas del suroeste se ensalzaría tomando como modelo ese ídolo” (*idem*: 260).

La más reciente monografía sobre las estelas decoradas del Bronce es la de Harrison, publicada en 2004, en la cual el autor esboza una visión de conjunto, relacionando los elementos representados en las estelas en el ámbito de su función ideológica de tradición atlántica, teniendo como principal referencia el trabajo de Celestino Pérez. Sin embargo, en lo que respecta a los ejemplares diademados, que sí han merecido la cuidadosa atención de Celestino, el autor (*idem*: 163-164) considera apenas a cuatro ejemplares, los esquemáticos, y tan sólo les dedica algunas líneas en el subapartado que concierne a los artefactos, bajo la denominación de diademas y peinados.

De lo expuesto, queda por tanto clara una cierta indefinición teórica a la hora de clasificar estos monumentos entre los distintos autores, consecuencia de lo difícil que resulta explicar las peculiares características de este tipo de representaciones antropomórficas, que además de sus cambios estilísticos y tecnológicos, presentan, en general, una sorprendente uniformidad a lo largo del tiempo.

Parece, pues, importante, desde luego, intentar distinguir de una forma clara lo que podemos llamar como estelas diademadas de las restantes representaciones antropomórficas y hasta qué punto esta definición es compatible con los distintos tipos de soporte.

ESTELAS DIADEMADAS

Como *estela diademada*, podríamos definir, en un principio, todas las representaciones antropomórficas que lucen una diadema, pero luego nos confrontamos con distintos tipos de figuraciones, precisamente lo que ha conducido a Almagro-Gorbea (1994: 71-72) a elaborar múltiples divisiones en su tipología. Sin embargo, los tipos y subtipos definidos por Almagro, si bien enteramente adecuados desde el punto de vista formal y comprensibles en el intento de aclarar una temática de tal modo espinosa, conducen a una cierta complicación innecesaria de los datos existentes, sea por las múltiples subdivisiones, sea, sobre todo, en lo que concierne a la terminología empleada: estelas-guijarro; estelas femeninas del suroeste; estelas antropomorfas femeninas y las que se asocian a las estelas masculinas.

En realidad, rápidamente nos damos cuenta de que, al elegir la diadema como principal criterio distintivo y al confrontar los distintos ejemplares que, en este sentido, le corresponden, tan sólo existen dos tipos de representaciones diademadas: por un lado, las que corresponden, *grosso modo*, a las estelas-guijarro de Almagro, de rasgos antropomórficos más naturalistas, con la figuración de la cara y de los miembros superiores, generalmente doblados sobre el vientre (fig.1); y, por otro lado, las representaciones diademadas esquemáticas, con frecuencia asociadas a figuraciones de guerreros de idéntico esquematismo (fig.2) e integrando escenas complejas (fig.3 y 4).

Se podría suponer una subdivisión del primer tipo, con base en las ligeras diferencias de representación de la cara o de los miembros, en la presencia o ausencia de cinturón, pero en realidad, se tratan de criterios no relevantes para el análisis, en un mismo tipo de representación antropomórfica, de clara homogeneidad y en la que intervienen los mismos elementos, tan sólo puntuados por pequeños cambios. En este sentido, una subdivisión resultaría siempre algo artificial y, lejos de ayudar, acabaría más bien por dificultar la tarea de normalizar la terminología y la clasificación de estos monumentos, lo que precisamente ha sido, desde siempre, su mayor problema.

Lo que sí importa subrayar es que en ambos tipos de representaciones diademadas, sean más naturalistas, sean esquemáticas, se aprecia la figuración de un mismo elemento, el cual, a parte de ligeras diferencias y la sencillez de algunos ejemplares, parece seguir un mismo modelo: la diadema. Este elemento, siempre de configuración semicircular, presenta una estructura de entramado reticular, que puede ir de una a tres líneas, siendo más frecuentes los ejemplares de dos. En sus extremidades laterales son a veces representados remates circulares o subtriangulares y su arista superior puede ser, también a veces, colmatada por una línea de puntos.

Hasta ahora, como ha señalado Celestino Pérez (2001: 252), el mejor paralelo formal para este elemento es la diadema hallada en la tumba 101 de la necrópolis de la Colombine, en Champlay, Yonne (fig. 5), integrando un rico ajuar femenino fechado en torno al siglo IX a.C. (Lacroix, 1957) y a la vez idéntica a otra diadema, también procedente de una sepultura femenina en Les Grèves, Barbuise-Courtavant, Aube (Piette, 1993; 1995). La diadema tiene cerca de 30 cm de envergadura y se compone de una rejilla de tiras de alambre enrollado de bronce, alrededor de una defensa de jabalí pulida, estando la arista superior decorada por cinco grupos de dos espirales (Celestino Pérez, 2001: 253), lo que inevitablemente recuerda a las diademas representadas en los ejemplares de Arrocerezo, Capilla I y El Viso V (fig. 1 y 2).

Esta realidad es contraria a la adjudicación de estos ejemplares a fechas entre el Calcolítico y el Bronce Pleno, como proponen algunos autores (Barceló, 1988; 1991; Bueno Ramírez, 1981; 1984; 1990; Almagro-Gorbea, 1993; 1994; Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 1997; 1998), pues la pieza de Arrocerezo, tradicionalmente identificable como una estela-guijarro y como tal situada en ese ámbito cronológico, presenta ya este elemento claramente representado, que la evidencia arqueológica de la Colombine fecha en el siglo IX a.C.. Observamos, sin embargo, que las propuestas de un horizonte cronológico más temprano para estas piezas, se basan sobre todo en su aparente paralelo con las representaciones antropomorfas de tradición megalítica o el denominado ídolo dolménico. Se tratan,

no obstante, de cosas distintas, como queda claro al comparar los distintos tipos de representaciones (fig. 6).

Los ejemplares que de hecho corresponden a la tradición megalítica, arqueológicamente contextualizados, como las estatuas-menhir de los cromlechs portugueses de Almendres y de Portela de Mogos, fechados en el Neolítico Final/Calcolítico (Gomes, 1997: 258-269), son muy distintos y no presentan la diadema, acercándose más a las representaciones antropomorfas centroeuropeas del mismo periodo (fig. 6: 8-12), como las figuras 23 y 24 de Razet, en Croizard-Joches, el antropomorfo del túmulo de Houyottes 2, en Courjeonnet, Marne (Siret, 1996: 159) o las estelas de la necrópolis del Petit Chasseur, en Valais, Suiza (Favre *et al.*, 1986: 2-24). Igualmente muy distintas son las figuras paralelepípedas generalmente conocidas como *ídolos* y que Bueno Ramírez, entre otros (1990: 90; Bueno Ramírez & González Cordero, 1995: 96; Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 1997: 118; *idem*, 1998: 44; Bueno Ramírez *et al.*, 2005: 24) reiteradamente asocian a las *estelas-guijarro*. En esta categoría están los grabados rupestres de Peña Tu (Bueno Ramírez, 1990: fig. 2), Basoñas y Outeiro do Corno (Fábregas *et al.*, 2007: 63, 65) o las representaciones de Tabuyo del Monte y de Collada de Sejos (fig. 7).

El aparente aire de familia patente en la representación de los collares o en el aprovechamiento del soporte mismo para figurar el cuerpo del personaje, no es lo bastante como para determinar la clasificación de las representaciones diademadas en fechas calcolíticas y resulta igualmente frágil defender el paralelo de estos monumentos con las figuras paralelepípedas ya referidas. En este sentido y haciendo un poco de abogado del diablo, se puede contraponer, no obstante, dos argumentos más fuertes que la evocada apariencia formal: el hecho de que los ejemplares de Tabuyo del Monte y de Sejos correspondan a estelas y su asociación a alabardas en Tabuyo del Monte y en Soalar (Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 2005: 13-24), que, a la vez, surge en la estela VI de Hernán Pérez (fig. 1: 4).

Sin embargo, también estos argumentos carecen de suficiente solidez para vincular las representaciones diademadas al horizonte Calcolítico: si, por un lado,

este tipo de representación esquemática parece limitarse al norte peninsular²; por otro lado, apenas dos ejemplares se asocian a la figuración de alabardas (Tabuyo del Monte y Soalar), estando los restantes asociados a puñales de lengüeta, considerados anteriores, y que, en cambio, no aparecen en las estelas diademadas. Tenemos, además, la comprobada convivencia de la espada con la alabarda en el Bronce Pleno, entre 1700 y 1500 a.C., en la Yonquera, Lebrija (Barceló, 1991: 21) o en la sepultura de Setefilla XII y que incluso perdura en la Fase III de Assento, asociadas a ajuares del Bronce Final (Almagro-Gorbea, 1997: 225-227). Resulta que la sencillez y el esquematismo de las alabardas representadas en Hernán Pérez VI, Tabuyo del Monte o Soalar, no permiten una evaluación cronológica mínimamente segura, pues es imposible averiguar a que tipo corresponden al no estar figurada la sección de empuñadura (fig. 8). En este sentido, es bien posible que la alabarda representada en Hernán Pérez se reporte a un tipo más tardío, de la transición al Argar B (Almagro-Gorbea, 1997: 226).

Esta cronología ya estaría más acorde con la fecha de la diadema de la Colombine y de las estelas de composición básica, en las que aparece representado el conjunto escudo-espada-lanza únicamente (Celestino Pérez, 2001: 100-151, 258), una de las cuales justamente se asocia al conjunto de Hernán Pérez.

En este sentido, Celestino (*idem*: 247-248) subraya que la figuración del collar y del cinturón va enrareciendo mientras se tiende a representar la figura diademada de cuerpo entero, más esquemática y a abandonar la configuración antropomórfica del soporte, lo que puede indicar dos momentos históricos, aunque anclados en una misma expresión cultural. La misma tendencia puede ser observada en las estelas de guerrero, con la pérdida de la disposición antropomorfa³ de las armas y el traslado del guerrero hacia la composición misma, por lo cual es posible pensar en una evolución conjunta de ambos tipos de estelas. Esta situación de

² Incluyéndose en este grupo Peña Tu, Tabuyo del Monte, Collada de Sejos, Soalar, Basoñas, Outeiro do Corno, Hoyo de la Gándara, Paredes de Abaixo. Morfológicamente relacionados están también los ejemplares portugueses de Couquinhó, Chão do Brinco (Silva, 1993: 26), Asquerosa y Crato, siendo que este último es, hasta ahora, la única excepción al sur de un área circunscrita al norte peninsular.

³ Se puede observar el contorno antropomórfico en las estelas de Hernán Pérez (Cáceres), de Baraçal (Sabugal), de Valencia de Alcántara I, de Tres Arroyos (Badajoz), de Cogolludo (Orellana la Vieja), de Valdetorres I y de La Vega I e II (Córdoba).

contemporaneidad está indicada por las estelas de Capilla 1, Belálcazar, El Viso V, Ategua, Zarza Capilla III y Esparragosa de Lares (fig. 2: 1, 2, 3; fig. 3: 1, 2) y aparece definitivamente confirmada en el Viso III y en el ejemplar de Almadén de la Plata (fig. 2: 4, 5), al cual volveremos más adelante.

Resulta interesante observar, a este propósito, que todos los ejemplares del primer tipo de representaciones diademadas se concentran, hasta el momento, en las estribaciones occidentales del Sistema Central; mientras las representaciones diademadas esquemáticas se sitúan entre la vega del Guadiana y la del Guadalquivir. El hecho de que las dos áreas de distribución no se superpongan parece corroborar la existencia, en efecto, de dos etapas evolutivas (fig. 9).

Concluyendo, los rasgos similares que puedan presentar las representaciones diademadas con la estatuaria megalítica antropomorfa deben ser descartados como criterio de adjudicación cronológica, pues una cosa es admitir la pervivencia de determinados cánones imagéticos y/o simbólicos naturalmente anclados en tradiciones culturales anteriores; y otra cosa muy distinta es suponer que estas imágenes tuvieron el mismo significado durante milenios y, de hecho, la prueba de que no fue así está en el cambio que ellas mismas expresan, visible, sobre todo en la diadema que no surge en las figuraciones anteriores. Su vinculación a fechas calcolíticas con base en los eventuales artefactos figurados es también, como hemos visto, un argumento frágil, sea por su escasa representatividad, sea por su esquematismo y sencillez.

Como hipótesis de trabajo, proponemos, en este sentido, restringir la clasificación tipológica de estos monumentos a la presencia de la diadema y distinguir en ella dos tipos: las representaciones diademadas de soporte antropomórfico, que evolucionará paulatinamente hacia las representaciones más esquemáticas de cuerpo entero.



LAS ESTELAS DIADEMADAS Y EL MUNDO FUNERARIO

"(...) y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a la Muerte y al dulce Hipno que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exequias y le erijan un túmulo y una estela, que tales son los honores debidos a los muertos"

Ilíada, Canto XVI (452-456) ⁴

Otra problemática en torno a estos monumentos es la que respecta a su funcionalidad. Desde la publicación del conjunto de Hernán Pérez, Cáceres, por Almagro Basch en 1972, se considera habitualmente el carácter funerario de las estelas decoradas. Generalmente se hace hincapié en su descontextualización o se valoran perspectivas distintas, más bien relacionadas con su área de implantación (Galán Domingo, 1993: 16-17; Ruíz-Galvez Priego & Galán Domingo, 1991: 259-268); pero aún así, lo cierto es que hay todo un conjunto de evidencias que vinculan estas piezas al mundo funerario.

Empezando por el conjunto de Hernán Pérez, hallado en el curso de los trabajos de repoblación forestal, Almagro Basch (1972: 86-91) refiere que las estelas diademadas III, IV, V y VI (fig. 1: 1-4), junto con la estela de guerrero que numeramos como VIII, estaban hincadas junto a unas estructuras de forma paralelográfica hechas con grandes lajas de esquisto, según las informaciones que personalmente recogió de los obreros. Las estelas I y II, al parecer, estaban un poco más apartadas, la primera en Teso del Medio y la segunda, en un pequeño llano de El Colmenar, pero en conjunto, parecían alineadas junto a la orilla del arroyo.

Contexto análogo parece ser el de la estela hallada en Cerezal, Hurdes, hincada en el suelo al lado de unas lajas de pizarra que formaban como una sepultura, en cuyo interior fue hallada una posible urna (Bueno Ramírez & Gonzalo Cordero, 1995: 97); y el de la estela de Solana de Cabañas, que al parecer, estaría dispuesta sobre una fosa conteniendo cenizas, un objeto de metal muy deteriorado y parte de un recipiente cerámico (Galán Domingo, 1993: 16-17). Otro caso es el de la estela de Haza de Trillo (Peal de Becerro), según Mergelina (1944: 27-30), hallada

⁴"αὐτὰρ ἐπὶν δὴ τὸν γε λιπὴ ψυχὴ τε καὶ αἰὼν, πέμπειν μιν Θανάτῳ τε φέρειν καὶ νηδυμὸν ὕπνον, εἰς ὃ κε δὴ Λυκίῃς εὐρείῃς δῆμον ἰκόνται, ἐνθα ἑταρχουσὶ κασιγνήτοί τε ἔται τε τὺμβῳ τε στήλῃ τε τὸ γὰρ γεράζ ἐστι θανόντων".

in situ sobre una sepultura en fosa⁵. También la estela de Setefilla estaba asociada a un enterramiento en fosa, entre los túmulos I y G de la necrópolis de la Edad del Hierro, tumbada sobre una fosa de inhumación conteniendo fragmentos de urnas, huesos calcinados y un esqueleto mal conservado. Aunque esta estela parezca corresponder a un contexto de reutilización, al tratarse del único ejemplar en toda la necrópolis, eso no invalida su eventual significado funerario, tal vez lo que condujo precisamente a su reutilización en este contexto (Celestino Pérez, 2001: 417). También muy sugerentes son los contextos en los que se hallaron los ejemplares de San Martín de Trevejo, de Navalvillar de Pela y Zarza Capilla, descubiertos en la contigüedad de varias losas talladas (*idem*: 279-280).

Recientemente Murillo Redondo, Morena López y Ruiz Lara publicaron, en 2005, seis nuevas estelas y aprovechan para revisar las circunstancias del hallazgo de otras más, todavía inéditas. En este sentido, recogen (Murillo Redondo *et al*, 2005:17-19) la descripción de Criado⁶ de las dos estelas en Cerro Muriano, Córdoba⁷, halladas “en un círculo de menos de 20 m de diámetro” donde aparecían una “multitud de restos óseos de ovicápridos, caballos y bueyes; mostrando algunos de ellos marcas de cortes rituales de sacrificio, y otros, descarnaciones típicas de haber servido de alimento”. Criado añade aún que los huesos “presentaban signos de haber sido expuestos al fuego, algunos estaban calcinados, encontrándose también gran cantidad de cenizas por los alrededores junto con trozos de madera carbonizada”. Llama la atención también el contexto de descubrimiento de uno de los dos ejemplares de Cortijo de la Reina I, hallados en 1972, según información de

⁵ Mergelina (1944: 27-30) describe que “a profundidad de 1,2 m, encontramos un lecho de cantos rodados y piedras encajadas en una fosa, de un metro cuadrado y profundidad de 1,10 que entibaban una gran losa colocada en su lado N.E. Esta aparecía de pie (...). Extraída la piedra, notamos cubría la entrada de una excavación y apreciamos que por su haz interior presentaba cuatro círculos concéntricos mal trazados (...). La excavación formaba un recinto casi circular de 1,50 de ancho y 1,35 de fondo con techo en forma de bóveda de horno(...)”. Sepultura colectiva en la que debieron realizarse dos inhumaciones y posteriormente otras tres (...).”

⁶ CRIADO, A., 1996 “El misterio de la Peña Escrita” Diario Córdoba de 25 de Febrero, *apud* Murillo Redondo *et al*, 2005: 17-19.

⁷ Según los autores (Murillo Redondo *et al*, 2005:17-19), la estela I presenta un antropomorfo estilizado al centro, con casco de cuernos y representación del falo; a su derecha están figurados un peine y una lanza dispuesta hacia arriba y a su izquierda, un objeto sub-cuadrangular o losangular, presente en otras estelas y que Celestino Pérez (2001: 384) interpreta como una lira esquematizada y un escudo de tres círculos concéntricos y escotadura en V. La segunda estela presenta una figura antropomórfica también con casco de cuernos y a su derecha, una lanza apuntada hacia abajo, mientras a su izquierda fue representado un escudo de escotadura en V, y una espada dispuesta en horizontal. Un carro de dos ruedas muy estilizado encierra la composición.

los propietarios, durante la apertura de un canal de riego entre la carretera CV-234 y el Guadalquivir (*idem*: 25). La primera estela⁸, a cerca de 6 metros de la otra⁹, fue hallada con la cara grabada hacia abajo, sobre un aglomerado de cenizas y huesos quemados, algunos de grandes dimensiones y entre los cuales estaban tres recipientes cerámicos, cuya tipología los autores creen corresponder a las llamadas urnas bicónicas de Setefilla (*idem*: 25).

Otro caso puede ser el de la estela de Arrocerozo (Hurdes), pues no obstante se encuentra en la inmediata proximidad del pequeño dolmen de El Madroñal, en Caminomorisco, el sitio se caracterizaba sobre todo por un conjunto de sepulturas de planta diversa, todas ellas poco destacadas del suelo y con cerca de 1,50 m, junto a las cuales se apreciaba además una curiosa aglomeración de piedras de cuarzo blanco (Bueno Ramirez & Gonzalo Cordero, 1995: 102).

Algo semejante fue detectado en el reciente hallazgo de dos nuevos ejemplares en Almadén de la Plata, Sevilla. Identificada la primera estela en 2004 y la segunda en 2005, las dos estaban incluidas en un majano de piedras, en la finca Dehesa del Viar. La primera estela (fig. 10) presenta, aproximadamente en el centro, lo que parece ser un escudo representado por tres círculos concéntricos, por encima del cual se distinguen las partes inferiores de lo que habrían sido otros motivos: en el lado izquierdo, un trazo alargado horizontal del cual salen cuatro pequeños surcos verticales que parecen conformar un cuadrúpedo; casi centrado sobre el presunto escudo, se aprecian otros dos trazos verticales que se curvan hacia la derecha, en lo podría constituir la parte baja de las piernas y los pies de un antropomorfo; y a la derecha, otro trazo en curva indescifrable (García Sanjuán *et al.*, 2006: 138-139). La segunda estela (fig. 2: 5) está mejor conservada pero presenta una composición muy

⁸ Laja cuadrangular de caliza que presenta, al centro, una figura humana con casco de cuernos y a su derecha, una lanza apuntada hacia abajo, al lado de la cual fue figura una lira de ocho cuerdas. A su izquierda y junto a la mano está un peine y luego, de arriba hacia abajo, dos pequeñas figuras humanas, un escudo de tres círculos concéntricos y escotadura en V y un espejo (Murillo Redondo *et al.*, 2005:33).

⁹ Presenta una composición más compleja y elaborada, teniendo al centro una figura humana con casco de cuernos. Por encima, está figurada, en horizontal, una lanza y a su derecha, dos espadas, a las cuales le siguen, abajo, una fíbula de arco, un peine y un escudo de dos círculos concéntricos. A su izquierda apenas se distingue una línea vertical de pequeños cuadraditos. La figura central, está, ella misma, representada en pormenor, con la figuración de ojos y nariz y la reproducción de su traje que parece integrar un cota de malla, una falda y un cinturón (*idem*: 34).

distinta, donde se aprecian dos antropomorfos estilizados, representados de lado a lado y de idénticas proporciones. La figura de la izquierda presenta un casco de cuernos, teniendo a su izquierda dos círculos concéntricos que parecen conformar un escudo, y a su derecha, en posición vertical, una espada de hoja ancha y mango largo; en cambio, la figura de la derecha presenta, como único atributo, una ancha diadema en forma de creciente reticulado que le rodea la cabeza y el cuello. Un detalle interesante subrayado por los autores respecto a las manos de los dos personajes, en parte perdidas por un desconchado antiguo, es que “si tuvieron el mismo tamaño y forma que las existentes, entonces aquellas debieron solaparse o tocarse”(idem: 140-141).

El principal interés del hallazgo reside en la asociación de dos personajes de tamaño idéntico, en la que uno luce todos los atributos guerreros y en cambio, el otro presenta como único atributo la diadema, lo que viene a corroborar la composición de la estela de El Viso III y confirmar de forma indiscutible su coexistencia temporal. Pero, algo también muy interesante, es la presencia de una llamativa concentración de cantos de cuarzo blanco, especialmente alta donde se encontraron las estelas (*idem*: 145), algo ya patente en el entorno de la estela de Arrocerazo y que, como veremos, resulta muy sugerente.

En suma, este panorama de puntual asociación entre estelas y sepulturas de cistas o vestigios de incineración, fragmentario pero constante, tiene paralelos en lo que concierne a varias estelas alentejanas, como en la necrópolis I de Alfarrobeira (Monchique)¹⁰ y también, naturalmente salvando las distancias, en el mundo ibérico, en concreto, en las necrópolis de Herrería, Calres, Riba de Saelices, Luzaga, La Hortezueta de Océn, Aguilar de Anguita o Garbajosa, si bien que en todas ellas las estelas las constituyen bloques sin desbatar y sin decoración, a los cuales se ha dado poca importancia (Rosario Lucas *et al.*, 1991: 308-312; Marcos Fernández *et al.*, 2004: 126-137). Otros ejemplos, ya en el ámbito extrapeninsular, son el de las tres estelas decoradas de Ardaliès (Saint-Izaire, Aveyron) halladas, según el

¹⁰ La excavación ha podido mostrar como la estela estuvo hincada en el extremo Norte de la cista 2, la cual, con la cista 1, constituye la fase más reciente de su utilización (Gomes, 1994: 27-30; 116-131).

propietario de la finca, en Serras, junto con huesos humanos en el curso de trabajos agrícolas; y el caso de I Bocciari, en Fivizzano, cerca del puerto de La Spezia, donde fueron halladas nueve estatuas-menhir, dispuestas lado a lado y con la parte inferior hincada en una capa de tierra negra con más de 24 m de superficie (Soutou, 1973: 260-261). También en Vaucluse, Buoux, una estela enmarcaba una sepultura de un individuo joven de sexo masculino, cuyos restos estaban asociados a un vaso bicónico de carena pronunciada (García, 1992:160).

Otro aspecto que hay que considerar a la hora de evaluar el posible carácter funerario de estos monumentos, se refiere a los elementos en ellos representados. A este propósito, Celestino Pérez (2001: 230-231; 286) señala el simbolismo intrínsecamente funerario de las representaciones de carros, que parecen también reflejar las aparentes escenas de danza retratadas en Ategua y Zarza Capilla III, en las cuales intervienen figuras diademadas (fig. 3: 1, 2). Sin detenernos más en este particular, que por sí sólo implicaría varias páginas de reflexión, cabe todavía resaltar la impresionante diversidad de las composiciones que se observa en las estelas decoradas, que, ante todo, parecen contar una historia, altamente personalizada.

Centrándonos, sin embargo, en las representaciones diademadas, una hipótesis de interpretación es la que defiende Celestino Pérez (2001: 259-260), con base en la evidencia del conjunto de Hernán Pérez, notando el elevado número de estelas diademadas, al parecer contemporáneas y con dimensiones máximas en torno a los 40 cm, que se asocian a una única estela de guerrero, mucho mayor y de forma más alargada. El autor sugiere que esta situación puede indicar que la estela de guerrero hubiera sido destinada a tapar una sepultura, mientras los ejemplares diademados señalarían el espacio de enterramiento, representando a entidades protectoras que velarían por el guerrero difunto, en la continuidad de una antigua tradición representada por los *ídolos megalíticos* de la Parxubeira y quizás igualmente indicado por las dos placas procedentes de Robledo, Caminomorisco (Celestino Pérez, 2001: 259) ¹¹, (fig. 11).

¹¹ Es curioso notar que una de las placas presenta, en el verso, un motivo en forma de tela de araña, y a este propósito, resulta interesante recordar la costumbre de figurar una tela o colocar un

Aunque se trate de una hipótesis verosímil, sobre todo si tuviéramos en cuenta los eventuales paralelos con ciertas representaciones megalíticas, se trata de algo que parece contradecirse por las estelas de El Viso III y de Almadén de la Plata, en que surgen, lado a lado, representaciones de guerreros y figuras diademadas. No obstante, al tratarse, en ambos casos, de representaciones diademadas esquemáticas y, según suponemos, más recientes que el tipo patente en Hernán Pérez, puede que manifiesten ya otro significado, lo que no invalida necesariamente la hipótesis de Celestino. Los datos de los que disponemos no son, todavía, los bastantes como para sacar conclusiones a este nivel, como ya hemos comentado.

ESTELAS Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA

En lo que concierne a la distribución geográfica de estos monumentos, desde luego, es frecuente su vinculación a espacios megalíticos y vías naturales de paso, lo que conduce a Bueno Ramírez y Balbín Behrmann (1997: 56-57) a fecharlas en cronologías francamente tempranas.

Es así que la estela I de Hernán Pérez I estaba cerca de los restos de la construcción megalítica del Chanquero, mientras la estela III fue identificada junto a los restos del dolmen de Castaño (Almagro Basch, 1972: 86-88). También el ejemplar de Arrocerezo estaba muy cerca de un pequeño dolmen, localizado en el Madroñal, en Caminomorisco (Bueno Ramirez & Gonzalo Cordero, 1995: 102), siendo que la estela de la Granja de Toniñuelo, estaría incluso ubicada en la entrada de este monumento, (Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 1997: 118). La concentración de cantos de cuarzo blanco en torno a las dos estelas de Almadén de la Plata y al ejemplar de Arrocerezo, a que nos referimos anteriormente, puede también indicar la presencia de antiguas estructuras tumulares megalíticas, pues es frecuente que sectores de la estructura tumular estén elaborados o recubiertos con piedras de color claro, entre las cuales suelen destacar los cuarzos. Es común, además, levantar majanos sobre construcciones megalíticas, cuyas piedras

enmarañado de lana sobre el pecho del difunto, destinado a retener y confundir su espíritu, para que no volviera, documentado hasta tiempos recientes en las zonas rurales de Norte y Este de Europa (Frazer, 1922: 236-240; 1933-1936: 316).

fuertemente hincadas no pueden arrancarse ni desplazarse, lo que corresponde al contexto de hallazgo de Almadén de la Plata (García Sanjuán *et al.*, 2006: 146).

Ahora bien, el hecho de que algunas representaciones diademadas estén asociadas o en la proximidad de monumentos megalíticos no determina en absoluto su contemporaneidad y puede estar más bien relacionado con el mantenimiento de antiguos lugares de memoria, a veces, suponiendo incluso la reutilización de las estructuras anteriores. En el caso de Almadén de la Plata, eventualmente asociado a una estructura megalítica, vimos que están presentes también una estela de guerrero y una figura diademada de tipo esquemático. Por otro lado, contextos de reutilización de monumentos megalíticos están bien documentados, sea en la Edad del Bronce, sea en momentos más tardíos, de lo que es ejemplo la sepultura de la Edad del Hierro de Monte da Tera, Pavia¹² (Rocha, 2000: 525). Lejos de constituir una profanación o implicar la “desacralización” de esos antiguos referenciales, en el plano simbólico, la presencia de los antepasados aseguraría más bien la protección, aunque ya no fuesen conscientemente considerados como tal.

Algo destacado con frecuencia a propósito de los monumentos megalíticos, es la coincidencia de su distribución con rutas naturales de paso (Criado Boado *et al.*, 1990-1991: 31-34; Galán Domingo & Martín Bravo, 1991-1992: 193-199; López Plaza *et al.*, 2000: 271-280) y un panorama idéntico parece reflejado por los espacios funerarios de la Edad del Bronce en el Noroeste peninsular (Bóveda Fernández *et al.*, 1999: 92-94). También la aparente vinculación de las estelas decoradas del Bronce Final a áreas naturales de paso, ya fue notada por varios autores (Ruiz-Gálvez Priego & Galán Domingo, 1991: 269; Galán Domingo, 1993: 33-38; Sánchez-Corriendo, 1997: 87-90), sobre todo visible a lo largo de los trayectos que conectan las principales vegas hidrográficas.

No obstante los ejemplares hallados *in situ* constituyen una minoría¹³, es preciso notar que la mayor parte de los demás fueran descubiertos en el curso de

¹² Monumento funerario de la Edad del Hierro que hace patente la reutilización de menhires neolíticos en su construcción. En su interior fueron recuperadas dos urnas cinerarias y tres vasos pequeños conteniendo huesos calcinados.

¹³ Designadamente, las tres estelas de Monte de Sao Martinho, Castelo Branco (Proença, 1905a: 282), la de Cabeza del Buey II, Mérida y la de Haza de Trillo, Jaén (Celestino Pérez, 2001: 364, 414).

trabajos agrícolas, de construcción o incluidos en majanos, lo que sugiere su proximidad respecto a su ubicación original y nos ofrece una base de trabajo, frágil, pero no de todo despreciable. Así es que la mayoría de las estelas decoradas suelen estar localizadas en zonas de puerto de montaña y de vado de ríos o en su inmediata proximidad. En este sentido, Ruiz-Gálvez y Galán Domingo (1991: 264-268) consideran las estelas como "hitos que reflejan la frecuentación de caminos y que controlan territorios concretos", subrayando su coincidencia con las antiguas rutas de trashumancia.

Aceptar la existencia de rutas establecidas de trashumancia en épocas tan remotas, suscita, sin embargo viva resistencia¹⁴, ya que supone una verdadera infraestructura de organización - con el mantenimiento de caminos, eventual pago de tributos y naturalmente, pactos de alianza - que generalmente no se admite que existiera en este marco cronológico. Pero, merece la pena recordar el grado de complejidad social que justamente nos transmiten estos monumentos y aparece reflejada en la componente artefactual, además de admitirse la economía esencialmente ganadera de estas comunidades, la cual, por sí misma, implica el desplazamiento estacional del ganado y a la vez favorece los contactos y intercambios que, no olvidemos, parecen ser una de las principales características de la evidencia arqueológica del Bronce Final. Así es que a causa de su propensión a intercambiar los productos derivados del ganado por elementos de prestigio u otro tipo de manufacturas, es frecuente que estas sociedades ofrezcan una componente artefactual dominada por elementos foráneos (Orme, 1981: 263). Esto también se corrobora por la distribución de los propios asentamientos habitacionales, por ejemplo, en la vega del Júcar, que a lo largo de 50 km, coincide en 20 km con la Cañada Cardeal/Abengibre, presenta 10 yacimientos, un poblado cada 2 km (Fernández Miranda *et al.*, 1994: 264-265). Muy sugerente, en este sentido, son aún las evidencias arqueofaunísticas, estando comprobada en la Edad del Hierro meseteña, la existencia de perros macromorfos de tipo mastín, a la par de un evidente crecimiento del número de ovicaprinos (Vega Toscano *et al.*, 1998: 122-124).

¹⁴ Mas recientemente, Celestino Pérez (2001: 75) y Murillo Redondo (*et al.*, 2005: 45).

Parece, pues, confirmarse la frecuente coincidencia de las estelas decoradas con los espacios tumulares megalíticos y la común ubicación de ambos tipos de monumentos a lo largo de vías naturales de paso. No creemos descabellado aceptar que estos pasajes fuesen utilizados para el desplazamiento estacional de ganado, por los motivos antes expuestos, pero, si habría que matizar un poco la cuestión. Los datos que hemos venido coligiendo a lo largo de estas páginas demuestran que las estelas no pueden ser consideradas tan sólo como "hitos que reflejan la frecuentación de caminos y controlan territorios concretos" (Ruiz-Gálvez & Galán Domingo, 1991: 264), sino como elementos en el marco de la geografía simbólica de esas comunidades, ancladas muy posiblemente en tradiciones más antiguas, que permite identificar la íntima asociación entre espacios de enterramiento y referencias identitarias (López de los Moros, 2004: 37; Mayer, 2005: 20) como un arquetipo mental de larga pervivencia.

CONCLUSIONES

Como señala Díaz-Guardamino Uribe (2006: 26), la iconografía es un campo de análisis muy complejo, ya que muchos de los signos representados son símbolos convencionales difíciles de interpretar desde nuestra perspectiva actual. Hay, pues, ante todo, que tener en cuenta que al estudiar este tipo de representaciones, nos adentramos en el mundo de lo simbólico, de algo relacionado con estructuras mentales de larga pervivencia, pero de naturaleza fluida y sincrética, altamente dinámicas y por lo tanto, difícilmente circunscritas a las fronteras que a nosotros nos suelen ser más cómodas para el análisis.

De cara a la frecuentemente equívoca clasificación de los monumentos que podemos llamar como estelas diademadas, proponemos restringir su clasificación tipológica a la presencia de la diadema y distinguir en ella dos tipos: las figuras diademadas de soporte antropomórfico y las figuras diademadas esquemáticas de cuerpo entero. Conforme a esto, hemos expuesto en las páginas anteriores, los rasgos similares que estas representaciones diademadas pudieran presentar con la estatuaría megalítica antropomorfa deben ser descartados como criterio de adjudicación cronológica, pues una cosa es admitir la pervivencia de determinados cánones simbólicos naturalmente anclados en tradiciones culturales anteriores; y otra

cosa sería suponer que estas imágenes tuvieron el mismo significado durante milenios. La prueba de que no fue así está, precisamente, en la aparición de la diadema, ausente en las figuraciones anteriores.

Su vinculación a fechas calcolíticas en base a los eventuales artefactos figurados es también, como vimos, un argumento frágil, sea por su escaso número, sea por su esquematismo y sencillez que no permite evaluar debidamente su identificación con los ejemplares recuperados en el contexto arqueológico. Por otro lado, hemos visto que este tipo de diadema puede ser fechada en el siglo IX a.C. a partir la evidencia arqueológica y que las estelas diademadas del primer tipo se asocian, a veces, a estelas básicas de guerrero, mientras las figuras diademadas más esquemáticas intervienen en composiciones complejas, más evolucionadas, al lado de figuras de guerrero y, por lo tanto, claramente contemporáneas.

Ahora bien, es interesante observar que a la vez que no existen estelas diademadas en el área donde este tipo de elemento si aparece en el contexto arqueológico, tampoco existe este adorno en el contexto arqueológico del área donde están documentados todos los ejemplares de estelas diademadas. Algo semejante parece traducir el hecho de que en el sur de Portugal no se han hallado espadas fuera de las representadas en las estelas alentejanas, mientras por ejemplo, en El Argar, donde no hay estelas, si hay espadas en los ajuares funerarios (Barceló, 1991: 21). Parece así que la representación de algunos objetos en las estelas no implica necesariamente su posesión. A este propósito, Galán Domingo (1993: 52) señala la *estandarización* de las representaciones de carros – tan poco identificados en contexto arqueológico –, muy distinta de la variedad formal que hacen patente las espadas, fíbulas o espejos, lo que en su opinión, podría indicar que en el primer caso, se trata de copias de un dibujo original y en el segundo de objetos verdaderos.

Podemos cuestionar si pasará algo semejante con las diademas figuradas en estos monumentos, por lo menos en la mayoría de los casos, pues lo cierto es que, hasta el momento, no se conocen paralelos reales de este adorno en el territorio peninsular. Queda esperar que, a medida que se producen nuevos hallazgos, como la recién descubierta estela del Castro da Barrega (Celorico de Basto), identificada en



un posible poblado fortificado (Sampaio, 2007: 55), se aclare también toda esta problemática.

Además de reflejar la paulatina evolución de estas comunidades, desde una antigua tradición cultural, fuertemente anclada en la percepción simbólica e identitaria del paisaje, cada uno de estos monumentos parece contar una historia, distinta y personalizada que, todavía, nos resulta difícil descifrar.

santos@madrid.dainst.org



Fig. 1- 1-4: Estelas I, IV, V y VI del conjunto de Hernán Pérez (Bueno Ramírez, 1990: fig. 8-11); 5: Estela de Torrejón El Rubio V (Bueno Ramírez & González Cordero, 1995: fig. 3); 6: Estela de Ciudad Rodrigo I (Bueno Ramírez, 1990: fig. 17); 7: Estela de Arrocerezo (Bueno Ramírez & González Cordero, 1995: fig. 2); 8: Estela de Riomalo (Bueno Ramírez, 1990: fig. 13); 9: Estela de Granja de Toniñuelo (Bueno Ramírez & Balbín Behrmann, 1997: fig. 23); 10: Estela de Ciudad Rodrigo I (Bueno Ramírez, 1990: fig. 18); 11: Estela de Cambroncino (Bueno Ramírez, 1990: fig. 20); 12: Estela de Robledillo de Gata (Bueno Ramírez, 1990: fig. 14).



Fig. 2- 1: Estela de Capilla I (Celestino Pérez, 2001: 371); 2: Estela de Belalcázar (Celestino Pérez, 2001: 403); 3: Estela de El Viso V (Celestino Pérez, 2001: 401); 4: Estela de El Viso III (Celestino Pérez, 2001: 398); 5: Estela de Almadén de la Plata (Sanjuán et al., 2006: 139)

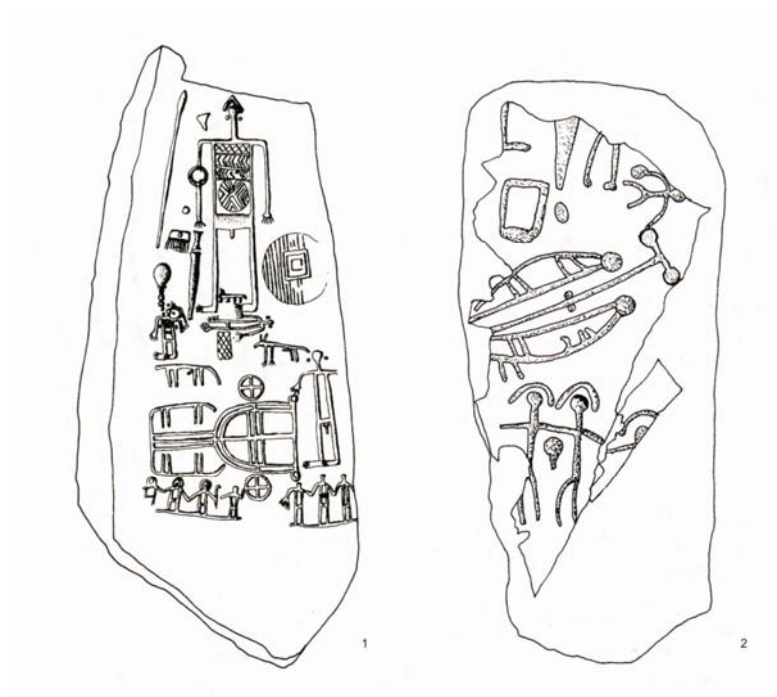


Fig. 3- 1: Estela de Cortijo de Gamarrillas, Ategua (Celestino Pérez, 2001: 430); 2: Estela de Zarza Capilla III (Celestino Pérez, 2001: 383)

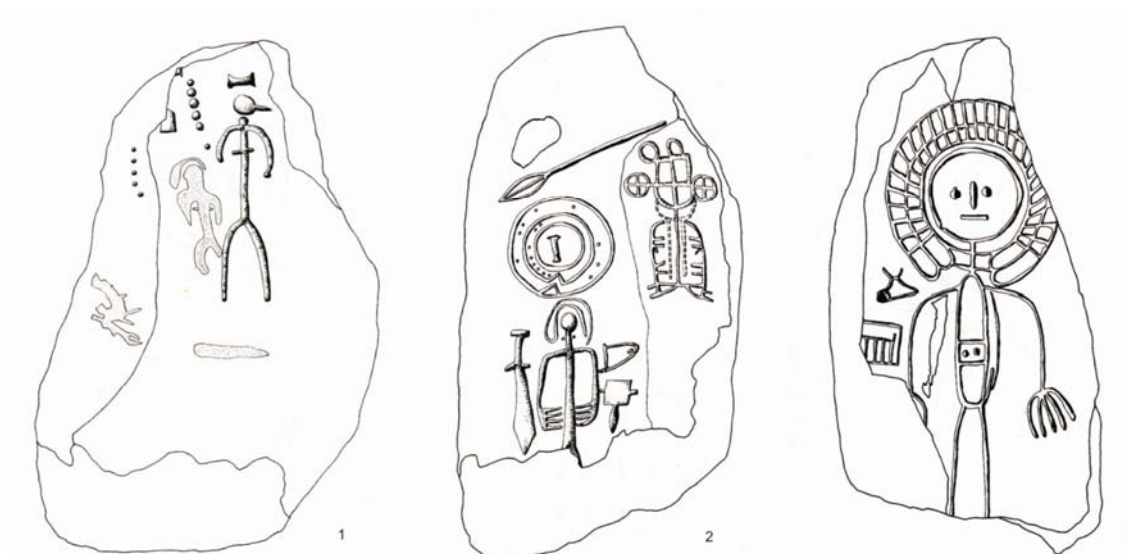


Fig. 4- 1: Estela de Esparragosa de Lares (Celestino Pérez, 2001: 369); 2: Estela de Cabeza del Buey I (Celestino Pérez, 2001: 362); 3: Estela de Torrejón el Rubio II (Celestino Pérez, 2001: 331)

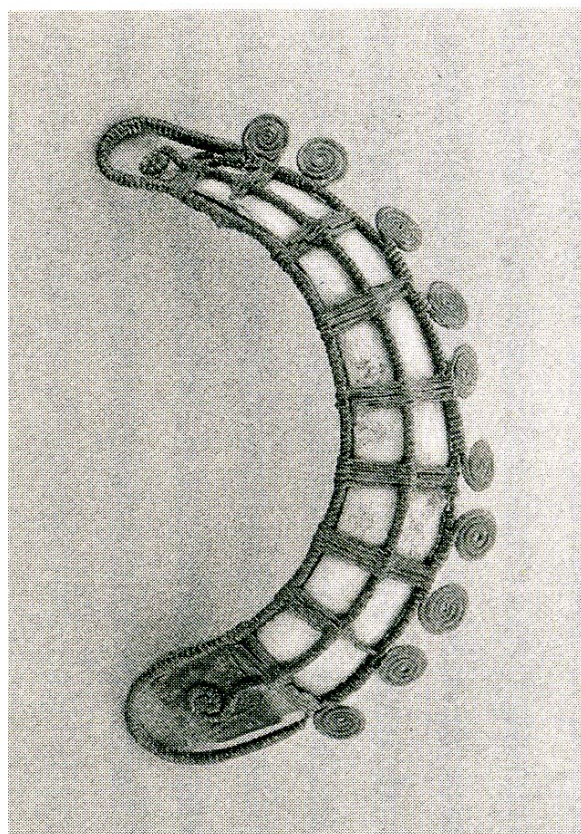


Figura 5 – Diadema de La Colombine (Celestino Pérez, 2001: 252)



Fig 6- 1: Estatua-menhir de Almendres, Évora (*apud* Gomes, 1997: fig. 4); 2-7: Estatuas-menhir de Portela de Mogo, Évora (*apud* Gomes, 1997: fig. 7-9); 8-9: Representaciones antropomorfas de Razet 23 y 24, Croizard-Joches, Marne (Siret, 1996: 159); 10-11: Estelas del monumento de Petit Chasseur, Suiza (Favre *et al.*, 1986: 13, 21); 12 : Estela antropomorfa de Puyvert, Vaucluse (D'Anna, 2004 : 61); 13: Estela del monumento megalítico de Chao de Brinco (Silva, 1993: 25); 14 : Grabado rupestre del panel 71 de Cachao do Algarve (*apud* Gomes, 1989: 74); 15: Estela do Couquinho (Jorge, 1993: 36); 16: *Idolo* de Salvatierra de Santiago, Cáceres (www.celtiberia.net).

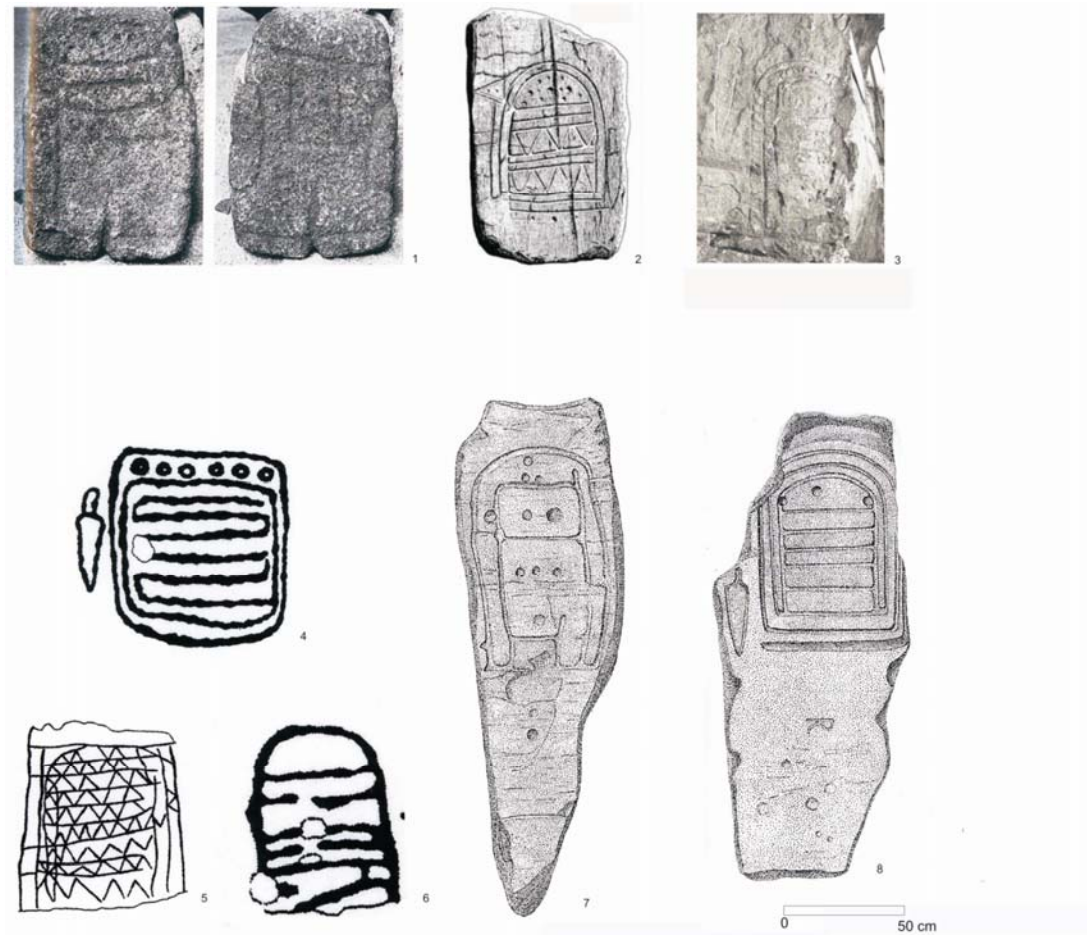


Fig. 7- 1: Frente y verso del ídolo de Paredes de Abaixo, Paradela (Bueno Ramírez, 1990: fig. 6); 2: Estela de Tabuyo del Monte, León (www.prehistour.org); 3: Grabado rupestre de Peña Tu, Llanes (Bueno Ramírez, 1990: fig. 2); 4: Petroglifo de Outeiro do Corno, Teo (Fábregas Valcarce, 2007: fig. 6); 5: Grabado rupestre de Hoyo de la Gándara (Fábregas Valcarce, 2007: fig. 7-4); 6: Petroglifo de Basonas (Fábregas Valcarce, 2007: fig. 5); 7-8: Estelas de Sejos I y II (Bueno Ramírez, 1990: fig. 4-5)

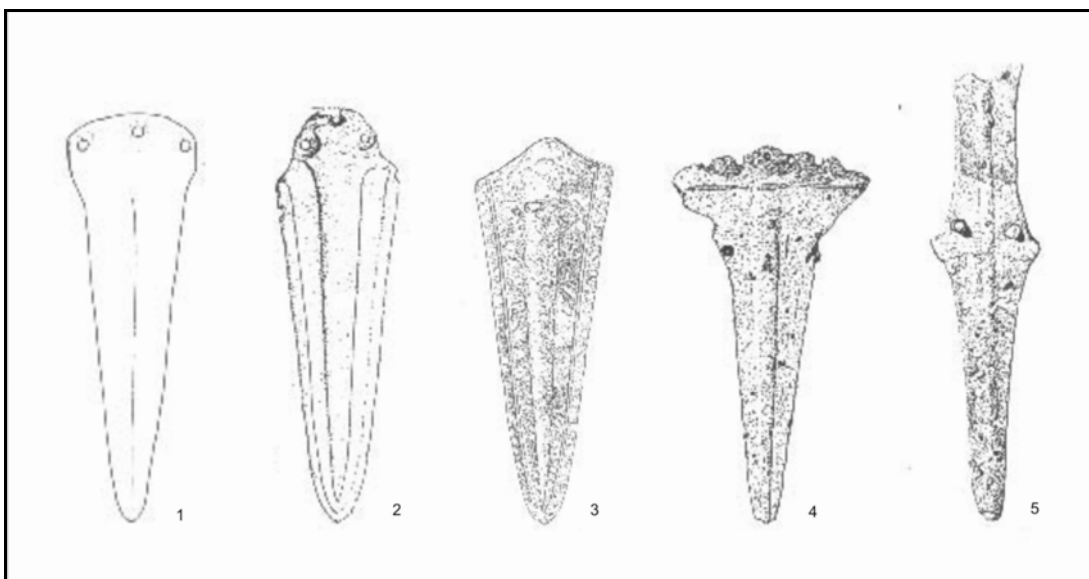


Fig. 8- 1- Alabarda de Puertu Gumial; 2-Baútas; 3-Carrapatas; 4- Tipo de El Argar, El Oficio; 5-Tipo de Montejícar, El Aegar (Briard, 1998: fig. 4).

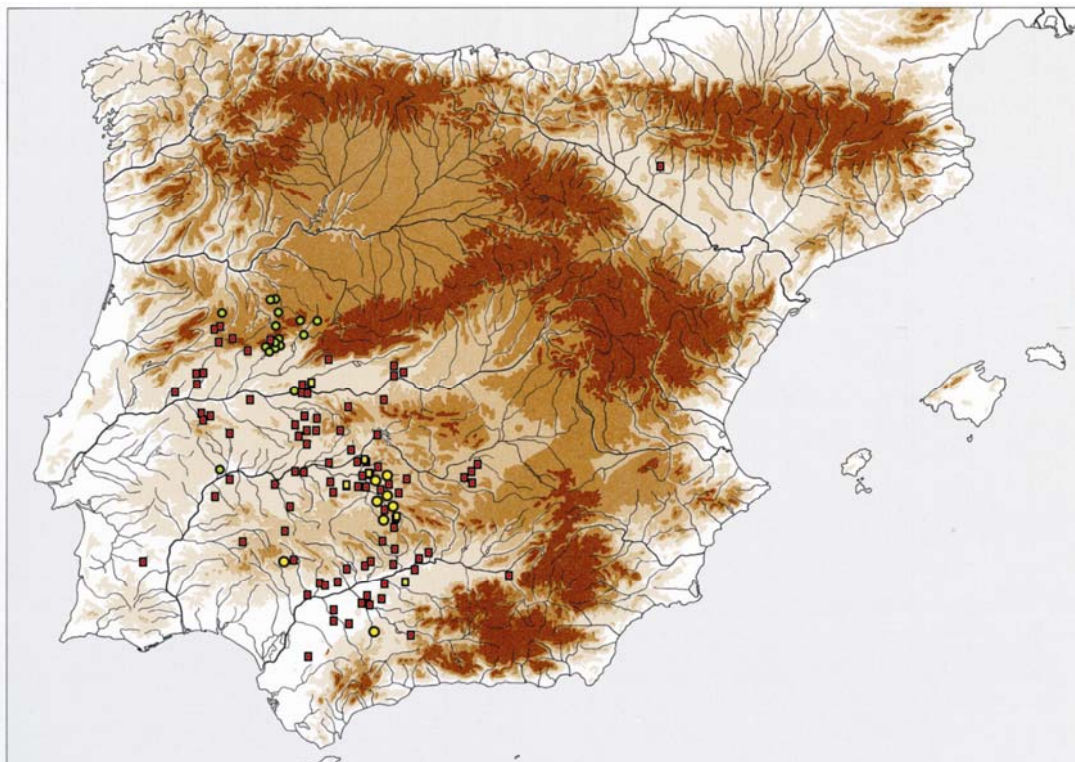


Fig. 9 – Mapa de distribución de las estelas decoradas, incluyendo los hallazgos recientes referidos. Los rectángulos rojos corresponden a estelas de guerrero; los rectángulos amarillos corresponden a estelas con figuraciones de guerreros y personajes diademados; los círculos verdes se refieren a representaciones diademadas de tipo *estelas-guijarro*; los círculos amarillos corresponden a representaciones diademadas esquemáticas de cuerpo entero. Las líneas azules reproducen el trazado de antiguas rutas de trashumancia (a partir de Ruíz-Galvéz Priego & Galán Domingo, 1991: fig. 3).

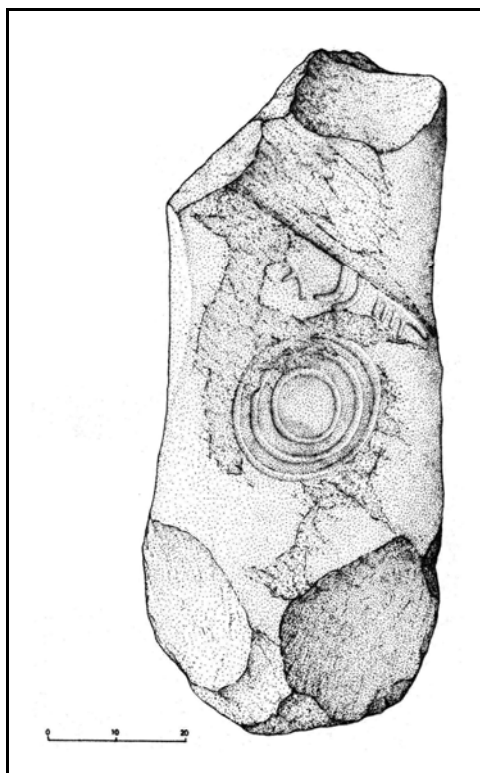


Fig. 10- Estela de guerrero de Almadén de la Plata, Sevilla (Sanjuán et al., 2006: 139, fig. 3)

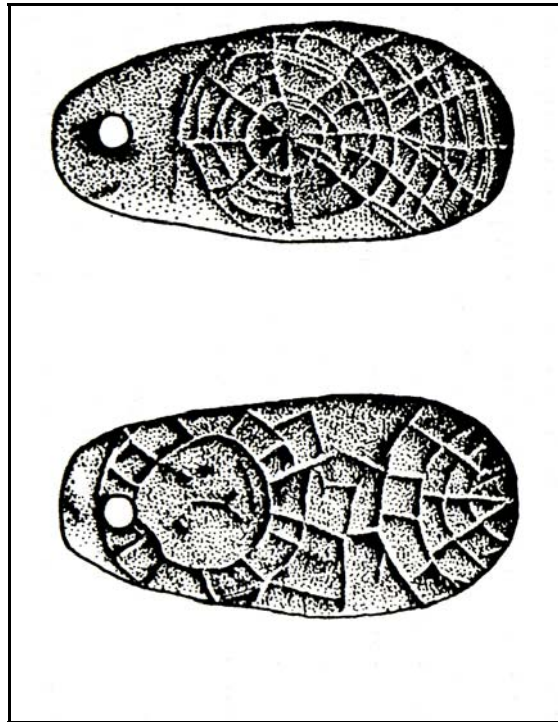


Fig. 11- Placa de Robledo, Caminomorisco (Celestino Pérez, 2001: 259)

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-BASCH, M. (1966): *Las Estelas Decoradas del Sudoeste Peninsular*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, Madrid
- (1972): “Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo y la estela de Tabuyo del Monte (León)”, *Trabajos de Prehistoria*, 29, 83-124
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Biblioteca Praehistorica Hispana XIV, Madrid
- (1990): “Les stèles antropomorphiques de la Peninsule Ibérique”, en BRIARD, J & DUVAL, A. (eds), *Les Représentations humaines du Néolithique à l’Âge du Fer*, Ed. CTHS, Paris, 123-140
- (1993): “La introducción del hierro en la Península Iberica. Contactos precoloniales en el Periodo Orientalizante”, *Complutum*, 4, 81-93
- (1994): “Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, dispersión, cronología y significado”, *La Statuaria Antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione*, Istituto Internazionale di Studio, La Spezia, 69-108
- (1997): “La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología”, *Saguntum*, 30, Homenaje a Milagros Gil-Mascarell, vol. II, 217-229
- ARANEGUI, C., JODIN, A., LLOBREGAT, E., ROUILLARD, P., UROZ, J. (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*, Collection de la Casa de Velázquez nº 41, Madrid
- ARNAL, J. (1976) : *Les statues-menhirs, hommes et dieux*, Toulouse
- (1987) : La chronologie des statues-menhirs en Europe, *Actes des Journées d’Études des Statues-Menhirs*, Saint-Poons-de- Thomires, 11-14
- BARCELÓ. M. (1988): “Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la Arqueología: un análisis de las estelas antropomorfas de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 45, 51-85
- (1991): “El Bronce del Sudoeste y la cronología de las estelas alentejanas”, *Arqueología (GEAP)*, 21, 15-24
- (1992): “Algunas consideraciones acerca del fenómeno de las estelas antropomorfas del Mediterráneo Occidental: el caso Ibérico”, *Atti del III Convegno di Studi Un Millenio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo*, Ed. De la Torre, Selargius-Cagliari, 259-275
- BESSAC, J.C., BOULOUMIE, B. (1985): “Les stèles de Glanum et de Saint-Blaise”, *Revue Archéologique de Narbonnaise*, t. 18, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 127-187
- BOVEDA FERNANDEZ, M. J., CANIZO FRAGA, J. A., VILASECO VAZQUEZ, J. I. (1999): “Lugares para grabar, lugares para morir: petroglifos e cistas na Idade do Bronce do NW da Península Ibérica”, *Gallaecia*, 18, Edición do Castro, 89-101
- BREUIL, H. (1917): “La Roche Peinte de Valdejunco a la Esperanca, pres de Arronches (Portugal)”, *Terra Portuguesa*, Anno II, 13-14, Lisboa, 17-26
- BRIARD, J. (1993) : “Déesses brisées, déesses armées, déesses et dieux du Néolithique à l’Age du Bronze”, en BRIARD, J & DUVAL, A. (eds), *Les Représentations Humaines du Néolithique à l’Age du Fer*, Actes du 115eme Congrès National des Sociétés Savantes, Éditions du C.T.H.S., 77-84

- (1998) : “Flux et Reflux du Bronze Atlantique vus d’Armorique. Le Bronze Ancien”, en JORGE, S.O. (ed), *Existe uma Idade do Bronze Atântico ?*, Instituto Português de Arqueologia, Lisboa, 114-124
- BUENO RAMÍREZ, P. (1981): “Estelas antropomorfas en la Península Ibérica: Ciudad Rodrigo II”, VI Congreso de Estudios Extremeños, *Arqueología*, Mérida, 1979, 47-49
- (1984): “Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en Extremadura”, *Revista de Estudios Extremeños*, 60, 605-618
- (1987): “El grupo Hurdes-Gata en las estelas antropomorfas extremeñas”, *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, Islas Canarias, 1985, 449-457
- (1990): “Statues-menhirs et stèles anthropomorphes de la Péninsule Ibérique”, *L’Anthropologie*, 94, 1, Editeur Masson, Paris, 85-110
- (1991): *Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en la Península Ibérica. La situación cultural de los ejemplares salamantinos, Del Paleolítico a la Historia*, Museo de Salamanca
- BUENO RAMÍREZ, P., GONZALEZ CORDERO, A. (1995): “Nuevos datos para la contextualización arqueológica de estatuas-menhir y estelas antropomorfas en Extremadura”, I Congreso de Arqueologia Peninsular, *Actas V, Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. 35 (1), Porto, 95-105
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBIN BEHRMANN, R. (1997): “Arte megalítico en sepulcros de falsa cúpula. A propósito del monumento de Granja de Toniñuelo (Badajoz)”, III Coloquio Internacional de Arte Megalítico, *Brigantium*, vol. 10, Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón, A Coruña, 91-121
- (1998): “Novedades en la estatuaria antropomorfa megalítica española”, *Actes du 2eme Colloque International sur la Statuaire Megalithique, Archeologie en Languedoc, Revue de la Federation Archeologique de Lherault*, 22, 43-60
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBIN BEHRMANN, R., BARROSO BERMEJO, R. (2005): “La estela armada de Soalar. Valle del Baztán (Navarra)”, *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, 5-40
- CARVALHO, P. GOMES, L., FRANCISCO, J. (1999): “A estátua-menir do Alto da Escrita (Tabuaço, Viseu)”, *Estudos Pré-históricos*, vol. VII, 251-256
- CAUWE, N., BERG, P.-L. (1998) : “Grandes pierres et grands-pères. A propos des figures humaines megalithiques”, *Actes du 2ème Colloque International sur la Statuaire Megalithique, Archeologie en Languedoc, Revue de la Federation Archeologique de Lherault*, 22, 249-257
- CELESTINO PÉREZ, S., LÓPEZ-RUIZ, C. (2006): “New Light on the warrior *stelae* from Tartessos (Spain)”, *Antiquity*, vol. 80, n. 307, Cambridge Printing, 89-101
- CESARI, J. (1993) : “Contribution à la connaissance des statues-menhirs de la Corse”, en BRIARD, J & DUVAL, A (eds), *Les Représentations Humaines du Néolithique à l’Age du Fer*, Actes du 115ème Congrès National des Sociétés Savantes, Éditions du C.T.H.S., Paris, 107-121
- CRIADO BOADO, F., FABREGAS VALCARCE, R., VAQUERO LASTRES, X. (1990-1991) : “Concentraciones de túmulos y vías naturales de acceso al interior de Galicia”, *Portugalia*, Nova Série, vol. XI-XII, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, 27-38



- D'ANNA, A., RENAULT, S. (2004) : *Stèles Antropomorphes Néolithiques de Provence, Catalogue du Musée Calvet d'Avignon*, Établissement Public Calvet, Aix-en-Provence
- DÍAZ-GUADARMINO URIBE, M. (2004): "Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir: su papel en la articulación del espacio funerario megalítico", *Actas del VII Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Tomo I, Fundación Marcelino Botín, Santander, 111-121
- (2006): "Materialidad y Acción Social: el caso de las estelas decoradas y estatuas-menhir durante la Prehistoria peninsular", *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerárias, O Arqueólogo Português*, Suplemento 3, Museu Nacional de Arqueologia, Lisboa, 15-33
- FABREGAS VALCARTE, R., GUITIAN CASTROMIL, J., GUITIAN RIVERA, J., RODRIGUEZ RELLAN, C. (2007) "Un petroglifo de tipo Outeiro do Corno en Porto do Son (A Coruña)", *Gallaecia*, n. 26, pp. 55-68
- FAVRE, S., GALLAY, A., FARJON, K., PEYER, B. (1986) : *Stèles et monuments du Petit-chasseur. Un site néolithique du Valais (Suisse)*, Département d'Anthropologie, Genève
- FERNÁNDEZ MIRANDA, G. *et al.* (1994): "La Edad del bronce en la Mancha Oriental", AAVV, *La Edad del Bronce en Castilla-la Mancha, Actas del Simposio (1990)*, Toledo, Diputación Provincial de Toledo, 243-277
- FRAZER, J. G. (1922): *The Golden Bough. A study in magic and religion*, 1994, Papermac, London
- (1933-1936): *The fear of the dead in primitive religion*, Lectures delivered on the William Wyse foundation at Trinity College, vol. 3, London, Macmillan and co.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*, Complutum Extra, 3, Madrid
- GALÁN DOMINGO, E., MARTÍN BRAVO, A. M. (1991-1992): "Megalitismo y zonas de paso en la Cuenca extremeña del Tajo", *Zephyrus*, XLIV-XLV, Ediciones Universidad de Salamanca, 191-205
- GARCÍA SANJUÁN, L., WHEATLEY, D. W., FÁBREGA ÁLVAREZ, P., HERNÁNDEZ ARRENDÓ, M. J., POLVORINES DEL RÍO, A. (2006): "Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto", *Trabajos de Prehistoria*, vol. 63, nº 2, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 135-152
- GOMES, M. V. (1994): *A necrópole de Alfarrobeira (S. Bartolomeu de Messines) e a Idade do Bronze no Concelho de Silves*, Xelb, 2, Silves
- (1997): "Estátuas-menires antropomórficas do Alto-Alentejo. Descobertas recentes e Problemática", III Coloquio Internacional de Arte Megalítico, *Brigantium*, vol. 10, Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Anton, A Coruna, 255-279
- HAMEAU, P. (1998) : "La figure de l'idole : comparaison entre les expressions artistiques sculptées, gravées et peintes", *Actes du 2ème Colloque International sur la Statuaire Megalithique, Archeologie en Languedoc, Revue de la Federation Archeologique de L'Herault*, 22, 207-217
- HARRISON, R. J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*, Short Run Press, Exeter
- JORGE, V., JORGE, S. (1993) : "Statues-menhirs et Stèles du Nord du Portugal", en BRIARD, J. & DUVAL, A. (eds), *Les Représentations Humaines du*

- Néolithique à l'Age du Fer*, Actes du 115ème Congrès National des Sociétés Savantes, Éditions du C.T.H.S., Paris, 28-43
- LACROIX, A. B. (1957): "La nécropole protohistorique de la Colombine", *Cahiers d'Archeologie et d'Histoire de l'Art publiés par la Société des Fouilles Archéologiques de L'Yonne*, Cahier n.2, 139-145
- LANDAU, J. (1977): *Statues anthropomorphes du Mediterraneen*, Paris
- LOPES, A. B., SILVA, A.C., PARENTE, J. P., CENTENO, R.M. (1994): "A estátua-estela do Marco (Vreia de Jales, Vila Pouca de Aguiar)", *Portugalia*, nova série, vol. XV, 147-150
- LÓPEZ DE LOS MOROS, J. R. (2004): "La Estela y la Muerte", *Actas del VII Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Tomo I, Fundación Marcelino Botín, Santander, 35-72
- LOPEZ PLAZA, S., LUIS FRANCISCO, J., SALVADOR MATEOS, R. (2000): "Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino", *Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*, ADECAP, Porto, 271-283
- MARCADAL, Y. (1992): "Une salle collective des Caisses de Saint-Jean à Mouriés (B.-du-Rh.)", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 28-30
- MARCOS FERNÁNDEZ, F., SAGARDOY FIDALGO, T., TORRES MARTÍNEZ, J.F. (2004): "Estelas en la necrópolis de incineración de Herrería (Guadalajara)", *Actas del VII Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Tomo I, Fundación Marcelino Botín, Santander, 125-138
- MAYA GONZALEZ, J.L., ÁLVAREZ ARZA, R. (2001): "La estatua-pilar de Santa Maria de Taranes (Ponga, Asturias) y su relación con la de Troitosende", *Complutum*, 12, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 137-142
- MAYER, M. (2005): "H.M.H.N.S.N.L.S. El Monumento Funerário como Confín Inamovible", *Atti del Colloquio AIEGL Misurare il Tempo, Misurare lo Spazio, Epigrafia e Antichità*, 25, Fratelli Lega Editori, Faenza, 209-232
- MERGELINA, C. (1944): "Tugia. Reseña de unos trabajos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid*, X, 27-30
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1998): "Sobre la obviada, las estelas decoradas y sus agrupaciones", *Gerion*, 16, Servicio de Publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 50-84
- OLIVA, D. (1983): "Una nueva estela antropomorfa del Bronce Final en la provincia de Sevilla", *Homenaje al Profesor Almagro Basch*, II, Ministerio de Cultura, 131-140
- OLIVER FOIX, A. (1996): "Las estelas monolíticas ibéricas. Una aproximación a su problemática", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, t. 9, 225-238
- ORME, B. (1981): *Anthropology for Achaeologists: an introduction*, Duckworth, London
- PEDROTTI, A. (1998): "Gli elementi d'abbigliamento e d'ornamento nelle statue stele dell'arco alpino", *Actes du 2ème Colloque International sur la Statuaire Megalithique*, *Archéologie en Languedoc*, *Revue de la Federation Archeologique de L'Herault*, 22, 299-313
- PIETTE, J. (1993): "Bijoux - parure : Une sépulture du Bronze final I à Barbuise-Courtavant (Aube)", *Avant les Celtes : l'Europe à l'Âge du Bronze. 2800-2500 av. J.-C. Daoulas*, Association de l'Abbaye de Daoulas, 88-95

- PIETTE, J. (1995) : “Barbuise-Courtavant (Aube) : la nécropole celtique de « Les Grèves””, *Fastes des Celtes anciens*, Troyes, Musées de Troyes et Nogent-sur-Seine, 144-146
- PROENCA, F. T. J. (1905) : "Notice sur la Prèhistoire de Beira Alta et sur deux monuments gravés trouvés au Portugal", *Congrès Préhistorique de France*, Paris, 282-285
- ROCHA, L. (2000): “O monumento megalítico da Idade do Ferro do Monte da Tera, Pavia (Portugal)”, *Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*, ADECAP, Porto, 521-527
- ROMERO, F. (1981): “La estatua-menhir de Villar del Ala. Nuevos datos para su estudio”, *Numantia*, I, 17-23
- ROSARIO LUCAS, M., RUANO, E., SERRANO, J. (1991): “Escultura ibérica de Espejo (Córdoba): Hipótesis sobre su funcionalidad”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Prehistoria y Arqueología, t. IV, 297-318
- RUIZ-GALVÉZ PRIEGO, M., GALÁN DOMINGO, E. (1991): "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid, 257-273
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1999): “En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana”, en VILLAR, F. & ENCARNACÃO, J. (eds), *Actas do VII Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas de la Península Ibérica* (1997), Salamanca, 281-293
- SAMPAIO, J. D. (2007): “A estela antropomórfica do Castro da Barrega (Borba da Montanha, Celorico de Basto, Braga)”, *Conimbriga*, 46, 53-71
- SANCHEZ-CORRIENDO JAÉN, J., (1997): “Bandidos lusitanos o pastores trashumantes?: apuntes para el estudio de la trashumancia en Hispania”, *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua*, Valladolid, 69-92
-(1997): *La ganadería en la Hispania antigua*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense
- SANTOS, M. J. (2008): “Lusitanos y Vettones en la Beira Interior portuguesa: la cuestión étnica en la encrucijada de la arqueología y de los textos clásicos”, *Actas de las Jornadas Arqueológicas del Museo de Cáceres y del Museu de Castelo Branco*, in prensa
- SILVA, E. J. L. da (1993) : “Représentations humaines sur deux monuments mégalithiques”, en BRIARD, J. & DUVAL, A. (eds), *Les Représentations Humaines du Néolithique à l'Age du Fer*, Actes du 11ème Congrès National des Sociétés Savantes, Éditions du C.T.H.S., Paris, 21-27
- SILVA, M. D. O. da (2000): “Estátua-menir de A-de-Moura (Santana de Azinha, Guarda)”, *Estudos Pré-históricos*, vol. VIII, Viseu, 229-236
- SIRET, L. (1996): *Estudios de Arqueología, Mitología y Simbolismo*, Colección Siret de Arqueología, Arráez Editores, Almería
- VEGA TOSCANO, G., CERDENO SERRANO, M. L., CÓRDOBA DE OYA, B. (1998): “El origen de los mastines ibéricos: la trashumancia entre los pueblos prerromanos de la Meseta” *Complutum*, 9, Madrid, 117-135
- VILACA, R., CRUZ, D., SANTOS, A. MARQUES, J. (2001): “A estátua-menir de Ataúdes (Figueira de castelo Rodrigo, Guarda) no seu contexto regional”, *Estudos Pré-históricos*, vol. IX, Centro de Estudos Pré-históricos da Beira Alta, 69-82